

## FRANCISCO BLANCO RODRÍGUEZ

Ha muerto mi maestro, D. Francisco Blanco Rodríguez, de quien aprendí todo lo que por mi cuenta, me hubiera sido difícil o trabajoso asimilar: trató de enseñarme a andar por el mundo con los pies bien pegados al suelo. A su lado comencé a echarle sentido común a las “cosas”; a refrenar en lo posible mi vehemencia y obstinación. A distinguir entre lo que merece y no merece leerse. Familiarizarme con bûqueda de la Verdad, pero con sosiego, sin impaciencia. Pensar o estudiar no sólo sobre los libros, sino también en todo aquello que rodea al enfermo. Habituarne a “convivir con la Duda”, lo cual, hasta que uno no se convence de ello, resulta de los más enojoso. Aun más duro, “aceptar que hemos errado”, entonces: hacer de tripas corazón, dar la cara con uno mismo, sin tratar de autojustificarse, y después... tomar buena nota para el futuro. Así como ser precavido y humano en nuestro contacto con el enfermo.

*Cuándo y cómo conocí al Dr. Blanco Rodríguez.*— Le conocí en enero del año 1951, en un curso de la Escuela Nacional de Tisiología, aquí en Madrid. A donde llegué, tras una estancia de 3 años en solitario, dentro de un sanatorio antituberculoso de montaña, en Boñar, León.

Lo más importante que me traje de Boñar fue una tremenda “curiosidad”. Durante el viaje, me pasé dándole vueltas a dos interrogantes: ¿Cómo serán los profesores? ¿Por fin, me enteraré “qué es y cómo es la Tuberculosis”? Los profesores, verdaderamente, tenían una gran talla intelectual. Sólo se les podía poner un reparo, que la mayor parte disimulaban muy mal un cierto “divismo”. En aquellos tiempos, puesto que la terapéutica todavía daba muy poco de sí, los tisiólogos sobre todo “elucubraban”. ¡Y cómo elucubraba, cada cual! A sus anchas, ejerciendo el derecho de esbozar su propia interpretación. Era la época, en que cada Escuela de Tuberculosis manejaba un esquema patogénico con matices por completo diferentes.

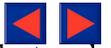
Durante aquel curso, casi todas las mañanas se celebraba una sesión, que generalmente propiciaba una especie de “apasionante vendaval”. Entre los profesores, había de todo... ponderados, vehementes, dogmáticos, e incluso, alguna vez, contradictorios de

un día para otro. Como un novato, siguiendo muy interesado aquellas charlas, debió empezar a hurgar en mi pobre subconsciente algo parecido a esto: “Qué barbaridad, lo que saben estos señores”. “Y lo difícil, que debe resultar se consecuente, lógico y desapasionado”. ¿Qué habrá que hacer para pensar y razonar sin irse por los cerros de Úbeda? (Estríbillo, este último, que todavía tengo que seguir aplicándome).

Alguna de estas deslabazadas reflexiones mías debieron preocuparme. Buena prueba de ello es que comencé a seguir con especial curiosidad las intervenciones de *uno de aquellos tisiólogos*, con buena pinta, rayando la cincuentena, de rostro aniñado, casi siempre con una ligera sonrisa en los labios. Hablaba bajo, con un suave acento andaluz, pausadamente y conciliador. Sabía escuchar, no pontificaba, más bien todo lo contrario, trataba de razonar e incluso manejaba la Duda. En definitiva, deseaba convencer, si encontraba verosímil su tesis. Pero en cambio, cuando alguien le mostraba su error, sin más callaba. *Me refiero a D. Francisco Blanco Rodríguez.*

Según avanzaba el curso, fui rumiando la idea de que el Dr. Blanco podía ser la “horma” más adecuada para limar una buena parte de mis defectos, (entre otras taras, cascarrabias, anárquico e impulsivo). En junio, en la clausura de estas lecciones —como nos pasa a los tímidos—, sin haber intercambiado muchas palabras con él, ni encomendarme a nadie, humano o divino, me acerqué y a bocajarro le dije: “Oiga D. Francisco, me gustaría trabajar a su lado”. Me miró con cara de sorpresa, y después con la mayor naturalidad, sin inmutarse, me dijo: “Bueno, pues pase por el Victoria Eugenia y hable con el administrador. Únicamente le advierto una cosa, que de momento no va a cobrar. A lo sumo, tendrá cama y comida gratis”. Y así empecé a trabajar en el Victoria Eugenia. Y pocas cosas me han salido tan redondas, desde un punto de vista profesional, como haber sido “un discípulo” de D. Francisco Blanco.

*Su personalidad humana.*— Ya en el primer contacto con él, imponía respeto, era un hombre sorprendentemente bien educado, un poco distante, en cuyo distanciamiento participaba, acaso, una cierta timidez. Sí,



sí, seguro, era un tímido. Lo que daba incluso más realce a su personalidad

Tenía una conversación muy jugosa, con la cual se ganaba a las gentes, en particular a aquellos intelectualmente con clase. De otra parte, era un hombre sencillo, persuasivo con los enfermos, cariñoso con sus colaboradores más cercanos, funcionario o empleado.

Poco amigo de situaciones protocolarias o de hacer prevalecer, por sistema, su criterio. Con una extraordinaria capacidad de sacrificarse por los demás. Testigos hemos sido sus acompañantes habituales, a congresos nacionales o internacionales, en donde por no deteriorar nuestras exhaustas economías, en la mayoría de las ocasiones, soportaba el alojamiento en hoteles nada confortables.

Su personalidad se transformaba, en cualquier congreso o reunión científica, –se convertía en “Paco Blanco”– en cuanto tomaba contacto con sus viejos amigos o compañeros del Patronato Nacional Antituberculoso (PNA). Entonces, se esfumaba el distanciamiento y su aparente timidez, se relajaba, adquiría un aspecto más juvenil, se le iluminaba el rostro. La conversación era sosegada, pero aguda y chispeante, sembrada de risas y comentarios medio pícaros, medio ingenuos. Como unos muchachos, que aportaban a su tertulia una extraordinaria agudeza y fluidez verbal. Allí, en su mundo, en su ambiente, vuelto temporalmente a su más temprana madurez, D. Francisco Blanco era “verdaderamente él”.

Tenía una extraordinaria sensibilidad humana e intelectual, en gran parte adquirida, creo yo, entre sus lecturas y sus largos soliloquios en la “chais-longue”.

La contextura humana era variopinta, llena de contrastes: siempre tuvo una apariencia enfermiza, en cambio llegó a franquear los 80 años. Durante mucho tiempo pensó –y lo decía a toro pasado, con cierta picardía en los ojos– que “además de haber padecido la tuberculosis, vivía, se sustentaba gracias a ella, y de ella al fin moriría”. Y no fue así. Su aspecto físico, aparentemente endeble, cobijaba a un “gigante” por su fortaleza intelectual.

Como muestra, una pequeña síntesis de sus achaques: cogió una tuberculosis pulmonar estudiando el bachiller, que siguió coleando en brotes sucesivos hasta las proximidades de la cuarentena. Menos mal que, tras una toracoplastia, al fin curó definitivamente, ya en los albores de la quimioterapia antituberculosa. Cada “brote”, en aquellos tiempos, era un serio motivo de inquietud, de inmovilización absoluta que con facilidad se alargaba varios años.

De manera, que en toda esa época debió derrochar entereza, paciencia y un montón de serenidad. La mejor prueba: en esas condiciones físicas, malparado, superó *brillantemente* el bachiller, la carrera, así como las oposiciones al cuerpo de Sanidad Nacional y al Patronato Nacional Antituberculoso (PNA). ¿De dónde pudo sacar tantas fuerzas y tanto aguante? Ya lo he dicho, porque en el fondo era un “gigante”, con claridad de ideas y una voluntad de hierro.

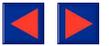
*Su personalidad científica.*– Con estos antecedentes, el lector ya puede figurarse, que el Dr. Blanco era un “intelectual riguroso de los pies a la cabeza”. Con un extraordinario fervor y respeto por la ciencia. No había nada que más le irritase, que los dicharacheros y cantamañanas en esta materia. Se echaba a temblar cuando, uno de estos, con voz ahuecada arrancaban con la coletilla: “A mí me parece que...” (¡Santo Dios, que irá a decir...! Es lo que yo me figuraba, estaría pensando D. Francisco en ese momento).

Era muy prudente y su espíritu estaba perfectamente engranado con el razonamiento científico, de “ver para creer”, lo demás eran paparruchas. En esa misma línea, integrado “de verdad” en los estudios estadísticos. De los que sacó gran partido en su Campaña de Erradicación Contra la Tuberculosis. A mí, me movió para que iniciásemos los Ensayos Controlados en España.

“La prueba de fuego” de su talante científico, fue la llegada arrasadora de la quimioterapia, que acabó llevándose por delante la fisiología clásica. A la quimioterapia, con razón, los fisiólogos la recibieron recelosos. Tenían bastantes motivos para estar moscas. De tarde en tarde, llegaban a bombo y platillo, “panaceas” que no aguantaban un soplo. Ellos creían, en las virtudes del reposo, sobrealimentación y del “colapso pulmonar”. Del cierre cavitario como premisa previa para hablar de “curación”. Y así venían entendiendo la Tuberculosis desde hacía muchos decenios. De manera que, tal imagen, ellos y sus predecesores, la llevaban grabada en su mente a cal y canto.

El lector por tanto, ya puede figurarse la polémica que se armó, alrededor de la quimioterapia, entre fisiólogos clásicos y renovadores, que ha durado al menos 3 lustros. (La tesis de cada uno de estos dos grupos de fisiólogos quedaba muy clara: Para los primeros, la quimioterapia “era un mero coadyuvante” para elevar la inmunidad, ayudando al resto de los remedios clásicos. En cambio, los renovadores decían: No. La quimioterapia “es otra cosa”. Sólo por su cuenta, acaba con todos o casi todos los bacilos extra o intracelulares, con lo cual, la inmunidad remonta espontáneamente. ¿Y qué decía el Dr. Blanco?– Al principio, observaba, asombrado. En buena ley, parecía natural que apoyase a los “conservadores”, dada su formación y experiencia personal. Por si fuera poco, además, curó de su enfermedad dentro de la ortodoxia de la fisiología clásica. En esas circunstancias, anticipar una rigurosa valoración de algo revolucionario, no le era fácil. Siendo a la vez “juez y parte”. Por lo tanto se callaba. No se atrevía a definirse. Daba largas.

Pero pronto empezó a flaquear... “a asomar la oreja”. Tenía una buena cualidad, como científico, era por naturaleza ligeramente escéptico. Le iba la duda. A la vez que creía a ciegas en el futuro de la ciencia. Y cuando dudaba... difícilmente se refugiaba de nuevo en sus viejas creencias. No, esperaba con calma: al tanto del sesgo que tomara la bibliografía y en segundo lugar, su propia experiencia. Eso hizo en esta ocasión. Y en el ranking de nuestros grandes “santones”,



estuvo entre los primeros que aceptaron de plano y sin ninguna reserva, la quimioterapia antituberculosa moderna.

La misma conducta siguió en el resto de la neumología. Escribió libros, dio montones de conferencias, fue muy respetado en los foros internacionales. Redactaba como los ángeles, había sido un devorador de literatura. Fue un hombre muy culto. Nada proclive a apantallar a la gente. Le dieron todas esas medallas que tanto envanecen al personal y que a él le resbalaban.

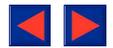
Hizo una gran labor como Secretario General del Patronato Nacional Antituberculoso. Participó en la creación de la Sección Española de la Asociación In-

ternacional para el Estudio de los Bronquios (AIEB), así como en la Sociedad Española de Patología Respiratoria (SEPAR), a lo que dedicó muchas horas.

Cuando él pensó que había llegado su momento del retiro, silenciosamente, se apartó de todo lo que había sido su vida y su gran ilusión. Hasta en eso fue sensato.

Qué más puedo decir. Con el mayor respeto y sencillez: pues que pretendió y yo creo que consiguió pasar por este mundo como un buen hombre en toda la amplitud de la palabra. Descanse en paz.

**Francisco J. Guerra Sanz**

**BASES PREMIO BOI**

1. El premio BOI, de periodicidad bienal, está dotado con 300.000 pesetas, además de cuatro Accésit de 100.000 pesetas cada uno.
2. Se considerarán con opción al premio todos los trabajos ORIGINALES, de autores españoles, realizados en España y publicados en Archivos de Bronconeumología entre el n.º 24 y el n.º 26, ambos inclusive.
3. Los autores que publiquen sus trabajos en dichos números y no deseen concurrir al Premio, lo manifestarán previamente.
4. Serán eliminados los trabajos relacionados con nuevos medicamentos y los que se refieran a preparados ya comercializados.
5. Por acuerdo de la Junta directiva de SEPAR, el Tribunal Calificador queda constituido como sigue:  
Presidente de SEPAR  
Director de la Revista «Archivos de Bronconeumología»  
Presidente de las cinco Secciones de SEPAR.
6. La Secretaría de Redacción de la Revista se encargará de comunicar a los miembros del Tribunal los trabajos que participan en la Convocatoria, tres meses antes de la concesión del Premio y

asimismo de reclamar la calificación de los trabajos dos meses después para proceder a la selección de los 10 mejores con arreglo a la media aritmética alcanzada. Asimismo, la Secretaría de SEPAR cuidará de convocar a los componentes del Tribunal.

Los miembros del Tribunal enviarán a la Secretaría de SEPAR en sobre cerrado su calificación en números enteros de uno a diez, de todos y cada uno de los trabajos que participan en la Convocatoria del Premio BOI.

7. Mediante votaciones secretas el Tribunal Calificador, reunido en la Sede del Congreso, irá eliminando un trabajo en cada votación hasta que solamente quede el ganador, utilizándose después el mismo procedimiento para la adjudicación de los Accésit.
8. La decisión del Tribunal Calificador se anunciará en uno de los actos oficiales del Congreso e inmediatamente se procederá a la entrega del premio a los autores, o a sus representantes.
9. Estas bases sólo podrán ser modificadas por acuerdo conjunto entre el laboratorio patrocinador y la Junta de Gobierno de SEPAR.

**Febrero 1990**